

## Cisne negro

**Bruce Sterling**

Un periodista ético protege a sus fuentes confidenciales, así que yo protegía a «Massimo Montaldo», aun sabiendo que ese no era su verdadero nombre.

Massimo franqueó las altas puertas de cristal arrastrando los pies, dejó caer la bolsa de viaje, que golpeó el suelo con un ruido sordo, y se sentó al otro lado de la mesa. Habíamos quedado donde siempre: en el interior del *Caffe Elena*, un local acogedor y sombrío que da a la mayor plaza de Europa.

El Elena tiene dos salones angostos y solemnes como féretros de caoba, de elevado techo rojo. Por el pequeño establecimiento han pasado bastantes transeúntes en apuros. Massimo nunca me había confiado sus problemas personales, pero resultaban evidentes, como monos que hubiese colado en el café de tapadillo escondidos bajo la ropa.

Al igual que el resto de *hackers* del mundo, Massimo Montaldo era brillante. Siendo como era italiano, se esforzaba por mantener un aspecto impecable. Su atuendo de viaje era a prueba de manchas y arrugas: una chaqueta negra de lana merina, una camisa negra de algodón de marca americana, y pantalones estilo cargo asimismo negros. También lucía unas zapatillas deportivas negras, de

ninguna marca que yo fuera capaz de reconocer, con suelas revestidas por unas extrañas burbujas.

Estas zapatillas de suelas esqueléticas estaban medio destrozadas, y se mantenían enteras gracias a que llevaban atados a su alrededor unos cordones de cuero sin curtir sacados de alguna bota.

A juzgar por su acento suizo-italiano, Massimo había pasado mucho tiempo en Ginebra. En cuatro ocasiones me había filtrado secretos relacionados con chips: flamantes dibujos técnicos, extraídos al parecer de solicitudes de patente suizas. Sin embargo, en las diversas agencias de Ginebra no había constancia de las mismas. Ni de ningún «Massimo Montaldo».

Cada vez que había hecho uso de las indiscreciones de Massimo, el tráfico de mi blog se había duplicado.

Sabía que el *sponsor* comercial de Massimo, o más probablemente el jefe de su red de espías, me estaba utilizando para manipular el sector que yo cubría. En los mercados de algún lugar del mundo, grandes apuestas se estaban viniendo abajo. Alguien se lo estaba llevando crudo.

Ese especulador no era yo, y también tenía serias dudas de que fuera Massimo. Yo nunca especulo financieramente en las empresas que cubro como periodista, porque ese camino lleva directo a la perdición. En cuanto al joven Massimo, el camino que llevaba a su perdición ya lo tenía bastante hollado.

Massimo hizo girar entre sus dedos el frágil cuello de su copa de Barolo. Tenía el calzado hecho unos zorros y el pelo sucio, y parecía haberse afeitado en el aseo de un avión. Manipuló el mejor vino de Europa como si fuese un escorpión preparado para picarle en el hígado. Y a continuación se lo bebió de un trago.

El camarero le sirvió otro *motu proprio*: en el Elena me conocen.

Massimo y yo habíamos llegado a un determinado arreglo. Mientras charlábamos sobre empresas tecnológicas italianas (él se las conocía todas, de Alessi a Zanotti), yo le pasaba discretamente algún regalito. Un chip de teléfono móvil (comprado a nombre de otro). Una tarjeta-llave de la habitación de un hotel de la ciudad reservada por una tercera persona. Massimo podía utilizarlos sin necesidad de tener que enseñar ni pasaporte ni identificación alguna.

Había ocho «Massimos Montaldo» en Google y ninguno de ellos era él. Massimo llegaba volando procedente de lugares desconocidos, ponía sus huevos de oro de información y luego se alejaba chapoteando para adentrarse en aguas misteriosas. Yo lo estaba protegiendo al entregarle esos regalitos. Y seguro que además de mí había más gente que sentía una enorme curiosidad por él.

La segunda copa de Barolo le suavizó esa antiestética arruga que tenía en la frente. Se frotó la nariz aguileña, peinó el rebelde pelo negro e inclinó sobre la gruesa mesa de piedra apoyándose sobre los codos de lana negra.

—Luca, esta vez te he traído algo especial. ¿Estás preparado? Algo que no puedes ni imaginarte.

—Creo que sí —dije yo.

Massimo introdujo la mano en su maltratada bolsa de viaje de cuero y sacó un portátil clónico. Este aparato, bastante ajado, con las esquinas abolladas por el uso y el teclado pringoso, tenía una de esas gruesas superbaterías sujeta con una abrazadera a la base. Toda esa potencia extra tenía que triplicar el peso del ordenador. Así que no era de extrañar que Massimo nunca llevase calzado de repuesto.

Puso manos a la obra mirando la mugrienta pantalla, con toda su atención centrada en ese mundo privado que tenía ahí dentro.

El Elena no es un bar frecuentado por celebridades, motivo por el cual a las celebridades les gusta. Una rubia presentadora de televisión entró contoneándose en el local. Massimo, que ya llevaba avanzada su tercera copa, arrancó su concentrada mirada de la pantalla del portátil y escrutó las curvas de la mujer, tapizadas de Gucci.

La relación entre una presentadora italiana de televisión y las noticias es la misma que existe entre la comida rápida norteamericana y los alimentos de verdad. Así que me resultó imposible sentir pena por ella, a pesar de no gustarme la mirada aquilatadora de Massimo. Los engranajes de genialidad estaban girando a ojos vista en su brillante cabeza de *geek*. Esa mujer tenía para él el mismo

atractivo puro e imperioso de un difícil problema matemático.

De haber estado a solas con ella, Massimo habría bregado con el problema hasta conseguir que alguna pieza se aflojara y cayese en sus manos; y el que ella se hubiera percatado decía bastante en su favor. La mujer abrió su sofisticado bolso de cocodrilo y se plantificó unas grandes gafas de sol.

—Señor Montaldo —dije.

Siguió mirándola embelesado.

—¡Massimo!

Esto lo arrancó de su ensueño lujurioso. Giró el ordenador y me mostró la pantalla.

Yo no diseño chips, pero he visto los programas que se utilizan para ello. Durante los años ochenta había treinta programas distintos de diseño de chips. En la actualidad solo quedan tres supervivientes. Ninguno de ellos está traducido al italiano porque todos los genios de los chips que existen en el mundo hablan inglés.

Este programa estaba en italiano. Parecía un programa elegante. Parecía tener estilo. Parecía una manera la mar de estilosa de diseñar chips de ordenador. Y los ingenieros que diseñan chips de ordenador no se caracterizan por ser demasiado estilosos. Al menos no en este mundo.

—Este no es más que un circuito integrado barato de 24K. Ahora bien, ¿ves estos? —dijo Massimo golpeando con una uña mordida su curiosa pantalla.

—Sí, ¿qué son?

—Son memristores.

Con auténtica alarma eché un vistazo a nuestro alrededor, pero en el Elena nadie había comprendido las implicaciones de la sensacional revelación de Massimo, ni tampoco a nadie le importaban. Massimo podría haber repartido un montón de memristores por las mesas sin que nadie se percatara de que le estaban entregando la llave a un mundo de riquezas.

Ahora yo podría explicar, con agotador detalle, qué son exactamente los memristores y lo distintos que son de cualquier otro componente electrónico estándar. Pero a nuestros efectos basta con saber que, en ingeniería electrónica, los memristores no existían. Ni por asomo. Técnicamente eran posibles —esto se sabía desde hacía treinta años, desde los años ochenta—, pero nunca jamás se había fabricado uno.

Un chip con memristores era como una carrera en la que los jinetes montaran unicornios.

Le di un sorbo al Barolo para poder recuperar la voz:

—¿Me has traído los planos de unos memristores? ¿Qué pasó?, ¿se estrelló tu platillo volante?

—Muy gracioso, Luca.

—¡No puedes entregarme algo así! ¿Qué demonios esperas que haga con eso?

—No es a ti a quien le voy a dar los planos de los memristores. He decidido entregárselos a Olivetti. Te voy a decir lo que tienes que hacer: haz una llamada confidencial a tu buen amigo el director técnico de Olivetti. Dile que revise a fondo la carpeta de correo basura en la que guarda el spam sin dirección de respuesta. Y entonces sucederán cosas interesantes. Te lo agradecerá.

—Olivetti es una buena empresa, pero algo así le queda grande. Los memristores son estrictamente para los grandullones: Intel, Samsung, Fujitsu...

Massimo cruzó las manos encima de la mesa —podría haber estado rezando— y me miró fijamente con aburrido sarcasmo:

—Luca, ¿no estás cansado de ver cómo el ingenio italiano es reprimido una y otra vez?

En Italia, el sector de la fabricación de chips es bastante modesto y malvive a duras penas. Yo pasé quince años cubriendo las noticias de las empresas de chips de un importante parque tecnológico de Boston. Mientras el todopoderoso dólar gobernó el mundo de la tecnología, estuve encantado de haber conseguido todos esos contactos.

Pero los tiempos cambian. Los países cambian, las industrias cambian. Las industrias cambian los tiempos.

Lo que Massimo me acababa de enseñar cambiaría las industrias. Era una innovación disruptiva. Algo que rompía todas las normas.

—Este asunto es serio —dije—. Sí, los de Olivetti sí que leen mi blog... hasta dejan algún comentario. Pero eso no quiere decir que pueda filtrarles un avance merecedor del premio Nobel. Olivetti querrá saber cuál es la fuente; de hecho, necesitará saberlo.

—No les conviene saberlo —dijo él moviendo la cabeza negativamente—. Ni a ti tampoco.

—Imposible, ¿cómo no me va a convenir?

—No te conviene. Fíate de mí.

—Massimo, soy periodista. Eso quiere decir que me conviene saber cuanto más mejor, y que nunca me fío de nadie.

Massimo golpeó la mesa.

—A lo mejor eras «periodista» cuanto todavía se imprimían «periódicos» en papel. Pero todos tus periódicos *online* están muertos. Un *blogger*, eso es lo que eres ahora. Eres un traficante de influencias que se gana la vida propagando rumores. —Massimo se encogió de hombros, él no consideraba que me estuviera insultando—. Así que ¡cierra el pico! Límitate a hacer lo que haces siempre. Eso es lo único que te estoy pidiendo.

Es posible que no me estuviese pidiendo más que eso, pero mi trabajo consistía en preguntar.



—¿Quién ha inventado ese chip? —inquirí—. Sé que no has sido tú. Podrás estar muy puesto en inversiones en el sector tecnológico, pero no eres Leonardo da Vinci.

—No, no lo soy —convino, y vació su copa.

—A ver, sé que ni siquiera eres «Massimo Montaldo», que será quien sea. Estoy dispuesto a hacer casi de todo para conseguir publicar noticias en mi blog, pero no voy a actuar como tu hombre de paja en un asunto así. ¡Iría contra mi ética! ¿Dónde has robado ese chip? ¿Quién lo ha inventado?, ¿unos superingenieros chinos encerrados en un búnker bajo Pekín?

—No te lo puedo revelar —respondió Massimo conteniendo sus ganas de reírse de mí—. ¿Podemos tomar otra copa?, ¿o tal vez un sándwich? Un buen sándwich caliente de panceta, eso es justo lo que necesito.

Conseguí llamar la atención del camarero. Me fijé en que la cita de la estrella televisiva había hecho acto de aparición. Y su cita no era su marido. Por desgracia lo mío no era la prensa rosa. No era la primera vez que se me escapaba una buena oportunidad por andar alternando con *frikis* informáticos.

—Así que eres un espía industrial —le dije—. Y además debes de ser italiano, porque siempre demuestras un gran patriotismo hacia Italia. Bien, has robado los planos por ahí. No voy a preguntarte ni cómo ni por qué. Pero deja que te dé un buen consejo: nadie en su sano juicio filtraría algo así a Olivetti. Olivetti es un negocio

enfocado a los bienes de consumo. Fabrica bonitos juguetes para secretarias monas. Un chip memristor es pura dinamita.

Massimo continuaba observando embelesado a la rubia televisiva mientras esperaba su sándwich.

—Massimo, préstame atención. Si filtras algo tan avanzado, tan radical... un chip como ese podría cambiar el balance del poder militar mundial. Olvídate de Olivetti. Las grandes agencias de espionaje estadounidense con nombres de tres letras vendrán a llamar a tu puerta.

—¿Tanto te asusta la CIA? —dijo Massimo rascándose el cabello sucio y poniendo los ojos en blanco burlonamente—. La CIA no lee tu pequeño blog tecnológico de chichinabo.

Este grosero comentario me dolió profundamente.

—Escúchame, genio, ¿tienes idea de qué es lo que la CIA acostumbra a hacer aquí, en Italia? Somos terreno abonado para sus *extradiciones*. La gente desaparece en la calle.

—Cualquiera puede «desaparecer en la calle». Yo lo hago siempre.

Saqué mi cuaderno Moleskine y mi flamante rotulador Rotring. Coloqué ambos objetos sobre la impecable mesita de mármol del Elena, para a continuación volverlos a guardar en la chaqueta.

—Massimo, estoy haciendo todo lo posible por mostrarme razonable, pero tu actitud altanera me lo está poniendo difícil.

Mi fuente hizo un esfuerzo y recuperó la compostura.

—Es muy sencillo —mintió—. Llevo un tiempo aquí y ya me he cansado de este lugar. Así que me largo. Y quiero dejar el futuro de la electrónica en manos de una empresa italiana. Sin tener que explicar nada y sin condiciones. ¿No me vas a echar una mano en algo tan sencillo?

—No, ¡de ningún modo! No en estas condiciones. No sé dónde has conseguido esa información, ni cómo, cuándo, de quién, por qué... ¡Ni siquiera sé quién eres! ¿Te crees que soy de esa clase de pardillos? Si no me cuentas tu historia no puedo confiar en ti.

Hizo un grosero gesto insinuando que yo no tenía huevos. Veinte años atrás (bueno, veinticinco), hubiésemos salido a la calle. Yo estaba enfadado con él, por supuesto, pero también sabía que mi fuente estaba a punto de empezar a largar. Massimo estaba borracho y era evidente se había metido en algún lío. No necesitaba una pelea a puñetazos con un periodista. Lo que necesitaba era una confesión.

Massimo sonrió burlón y con aire despectivo, mientras se contemplaba en uno de los altos espejos con manchas del Elena.

—Si este diminuto chisme es demasiado grande para tu estrecha mente, ¡me tendré que buscar otro blogger!, ¡uno con agallas!

—Claro, genial. Adelante. Puedes intentarlo con Beppe Grillo<sup>1</sup>.

—¿Ese humorista televisivo acabado? —me preguntó arrancando la mirada de su propio reflejo—. ¿Qué sabe ese de tecnología?

—Prueba entonces con Berlusconi. Es el dueño de todas las cadenas de televisión y de la mitad de internet en este país. El primer ministro Berlusconi es justo la clase de granuja que necesitas. Acabará con todos tus problemas. Te nombrará ministro de algo.

—¡No es eso lo que necesito! —me espetó Massimo perdiendo la paciencia—. He estado en un montón de versiones de Italia y la tuya es una auténtica vergüenza. ¡No entiendo cómo os aguantáis a vosotros mismos!

La historia estaba aflorando por fin. Cabeceé alentándolo.

—¿Cuántas «versiones de Italia» necesitas, Massimo?

—Tengo sesenta y cuatro versiones de Italia. —Y añadió dando unos golpecitos a su grueso portátil—: Y todas están aquí.

---

<sup>1</sup> N. de la T.: Popular actor, blogger y activista político italiano.

—¿Nada más que sesenta y cuatro? —le seguí la corriente.

Su rostro achispado se arreboló.

—Si hasta tuve que tomar prestados los superordenadores del CERN para calcular todas esas coordenadas... ¡Treinta y dos Italias eran demasiado pocas! ¡Ciento veintiocho...! ¡Jamás hubiese tenido tiempo para visitarlas todas! Y en cuanto a esta Italia tuya... bueno... yo ni siquiera estaría aquí de no haber sido por esa chica turinesa.

—*Cherchez la femme* —apostillé—. La vieja historia de siempre: detrás de todos los problemas siempre hay una mujer.

—Le hice algunos favores —reconoció, haciendo girar su copa con expresión alicaída—. Como a ti. Pero con ella fui bastante más allá.

Me sentía perdido, pero sabía que ahora era cuando llegaba la historia. Lo primero era sonsacársela, y luego ya tendría tiempo para ponerla en orden.

—A ver, cuéntame, ¿qué te hizo esa chica?

—Me dejó. —Me estaba contando la verdad, pero parecía estar perdido, desamparado, perplejo, como si ni él mismo consiguiera creérselo—. Me dejó plantado y se casó con el presidente de Francia. —Alzó la mirada, las pestañas húmedas por el dolor—. No se lo echo en cara. Entiendo por qué hizo lo que hizo. Un tipo como yo puede

resultarle muy útil a una mujer como ella, pero ¡virgen santísima!, ¡no soy el presidente de Francia!

—No, efectivamente, no eres el presidente de Francia —convine.

El presidente de Francia era un hiperactivo tipo judío de ascendencia húngara al que le gustaba cantar en karaokes. El presidente Nicolas Sarkozy era un personaje de lo más insólito, pero su extravagancia no tenía nada que ver con la de Massimo Montaldo.

—¡Ella dice que él la convertirá en la primera dama de Europa! —continuó Massimo, la voz entrecortada por la pasión—. Lo único que yo puedo ofrecer es información privilegiada y unos cuantos millones extra que añadir a los suyos.

El camarero sirvió a Massimo el sándwich caliente.

A pesar de su corazón destrozado, Massimo tenía un hambre de mil demonios. Se abalanzó sobre la comida como un perro encadenado, y luego levantó la mirada desde el cuenco que le habían servido con una salsa para untar hecha con mayonesa.

—¿Suenas como si estuvieses celoso? Porque no lo estoy.

Massimo se moría de celos, pero negó con la cabeza para alentarle a continuar.

—¡No puedo estar celoso cuando se trata de una mujer así! —mintió Massimo—. ¡Eric Clapton puede estar

celoso! ¡Y Mick Jagger! ¡Ella es una *groupie* del mundo del rock reconvertida en *première dame* de Francia! ¡Se ha casado con Sarkozy! Tu mundo está lleno de periodistas (y de espías, maderos, y pirados de todo tipo), pero ni por un momento a nadie se le ha ocurrido pensar, «¡Vaya! ¡Esto tiene que ser obra de algún *friki* informático de otro mundo!».

—No —convine de nuevo.

—¡A nadie se le ha pasado por la cabeza!

Volví a llamar al camarero para pedir un expreso doble para mí. El hombre pareció alegrarse al comprobar que no se trataba de alguna queja. En el Elena eran buena gente. Friedrich Nietzsche había sido uno de sus clientes predilectos. Las viejas paredes de madera caoba oscura se habían empapado de todo tipo de chaladuras.

Massimo untó el sándwich en la salsa y se chupó los dedos.

—Así que, si te filtro a ti la información del chip memristor, a nadie se le va a ocurrir jamás que un *friki* desconocido que se está comiendo un sándwich en Torino sea el tipo más importante del mundo de la tecnología. Porque esa verdad resulta inconcebible.

Massimo apuñaló con un palillo una oliva ambulante. Las manos le estaban temblando: por la rabia, el desengaño amoroso y la ira frustrada. Aparte de que estaba borracho.

—No tienes ni idea de qué te estoy hablando —dijo fulminándome con la mirada—. ¿De veras eres tan tonto?

—Claro que me estoy enterando —le aseguré—. Por supuesto que sí. Yo también soy un *geek* informático.

—¿Sabes quién diseñó ese chip memristor, Luca? Lo diseñaste tú. Tú. Pero no aquí, no en esta versión de Italia, donde no eres más que un gacetillero tecnológico de tres al cuarto. Tú inventaste ese dispositivo en la mía, en mi Italia. En mi Italia, tú eres el gurú de la estética informática. Eres un escritor famoso, un crítico cultural, un genio de múltiples talentos. Aquí no tienes ni agallas ni imaginación. Aquí eres un inútil tan integral que no eres capaz ni de cambiar tu propio mundo.

Es difícil explicar por qué lo creí, pero así fue. Lo creí en el acto.

Massimo devoró hasta la última migaja de su comida. Apartó a un lado el plato vacío y sacó una enorme cartera de nylon de un bolsillo del pantalón. Por la atestada billetera asomaban marcadores de plástico de distintos colores, como en los inmensos archivos de cualquier burocracia orwelliana. En su interior se apretujaban billetes de veinte divisas distintas. Y una formidable y multicolor colección de carnés que podías ir pasando como páginas de un libro.

Eligió un billete de gran tamaño y lo arrojó con desdén sobre la fría mesa de mármol del Elena. Casi parecía dinero de verdad: de hecho, tenía mucha más pinta de



dinero que el que yo manejaba todos los días. Mostraba un magnífico retrato de Galileo y se llamaba «eurolira».

Massimo se levantó entonces y abandonó el café trastabillando. Me apresuré a introducir con discreción el extraño billete en mi bolsillo, arrojé varios euros sobre la mesa y fui tras él.

Con la cabeza gacha y sin dejar de mascullar amargamente, Massimo atravesaba zigzagueando el millón de adoquines cuadrados de la inmensa *piazza* Vittorio Veneto. Como si ya tuviese mucha experiencia, localizó el punto más vacío de la plaza: un desierto pétreo entre una magnífica hilera de farolas ornamentadas y la pulcra barandilla metálica de un aparcamiento subterráneo.

Hundió la mano en un bolsillo del pantalón y arrancó de sus profundidades unos tapones de espuma para los oídos unidos por un cordón, de los que te dan en Alitalia en los vuelos transoceánicos. Luego abrió el portátil.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté cuando lo alcancé—, ¿buscando una wifi?

—Me marcho.

Massimo se colocó los tapones en los oídos.

—¿Te importa si te acompaño?

—A la de tres —me dijo en voz demasiado alta— salta bien arriba, y mantente dentro del alcance de mi portátil.

—Vale. Sin problema.

—Ah, y tápate los oídos con las manos.

—¿Cómo te voy a oír contar hasta tres si me estoy tapando los oídos con las manos? —objeté.

—*Uno.* —Massimo pulsó la tecla F1 y la pantalla del portátil resplandeció con una luz repentina—. *Due.* —La F2 zumbó entre chasquidos—. *Tre.* —Massimo saltó.

Se oyó un estallido atronador. Mis pulmones fueron aplastados por una violenta ráfaga de viento. Los pies me ardían como si estuvieran quemados.

Massimo se tambaleó un instante, luego se giró de manera instintiva para regresar al Elena.

—¡Vamos! —me gritó. Se arrancó un tapón amarillo del oído. Y entonces tropezó.

Atrapé su ordenador al verlo trastabillar. La gigantesca batería estaba ardiendo.

Massimo recuperó el sobrecalentado aparato y lo metió de cualquier manera en su bolsa de mano.

Massimo había tropezado con un adoquín suelto. Nos hallábamos sobre un humeante montón de adoquines sueltos. Alguien se las había arreglado para arrancarlos del pavimento situado bajo nuestros pies y desparramarlos a nuestro alrededor como en una tirada de dados.

No estábamos solos, por supuesto. Había algunos testigos sentados en la enorme plaza, turineses de a pie, que daban sorbos a sus bebidas en unas mesitas un tanto

alejadas situadas bajo unas elegantes sombrillas. Con gran sensatez, cada uno estaba a lo suyo. Unos pocos contemplaban extrañados el brillante azul del cielo vespertino, como si les pareciera haber oído un avión rompiendo la barrera del sonido. Lo que estaba claro es que nosotros les traíamos sin cuidado.

Regresamos renqueando al café. Mis zapatos crujían como los de un mal humorista de televisión. Los adoquines a nuestros pies estaban rotos y volcados, y las costuras de mi calzado se habían descosido. Mis relucientes zapatos de charol ahora estaban mugrientos y asquerosos.

Atravesamos la doble puerta de medio punto del Elena y, por algún motivo, y a pesar de ir contra el sentido común, al momento me sentí cómodo. Porque el Elena era el Elena: con esas mesas redondas de mármol con sus patas curvilíneas, esas sillas de piel color burdeos con sus brillantes tachuelas de latón, esos espejos colosales manchados por el tiempo... y un olor que hacía años que no notaba.

A cigarrillos. En el café todo el mundo estaba fumando. El ambiente en el interior era más fresco, incluso se tenía una cierta sensación de frío. Algunos hasta iban con jersey.

En el local había un par de amigos de Massimo: una mujer y su pareja. La mujer nos hizo señas para que nos acercáramos, y estaba claro que el hombre, que también conocía a Massimo, no se alegraba nada de verlo.

El hombre era suizo, pero no uno de esos suizos joviales que yo estaba acostumbrado a ver por Turín: banqueros inofensivos que durante sus vacaciones cruzan los Alpes en un viaje relámpago para hacerse con un poco de jamón y queso. Este tipo era joven, todavía duro como una roca, con unas gafas de sol estilo aviador y una cicatriz larga y fina en el nacimiento del cabello. Llevaba puestos unos guantes negros de nylon y una chaqueta de loneta sin tratar con espacio para pistoleras en los sobacos.

La mujer había embutido su impresionante busto en un jersey de estilo rústico tejido a mano. La prenda era llamativa, de una belleza compleja y arrogante, igual que ella. Sus ojos ardientes quedaban realzados por una generosa capa de rímel, las largas uñas pintadas de rojo asemejaban su mano a una garra, y su grueso reloj de oro se podía utilizar como nudillera metálica.

—Así que ya tenemos a Massimo de vuelta —señaló ella. Su tono era cordial, aunque precavido, como el de una mujer que se ha escapado de la cama de un hombre y necesita una razón de peso para volver.

—Esta noche os he traído a un amigo —dijo Massimo, sentándose a la mesa con ellos.

—Ya veo. ¿Y qué planes tiene tu amigo para nosotros? ¿Juega al *backgammon*?

La pareja tenía un *backgammon* sobre la mesa. El mercenario suizo agitó el cubilete de los dados.

—Somos muy buenos al *backgammon* —me dijo con voz suave, pero con ese tono sumamente amenazador de los asesinos experimentados que ya ni se molestan en intimidar.

—Mi amigo es de la CIA norteamericana —terció Massimo—. Hemos venido a beber, pero a beber en serio.

—¡Genial! Así puedo hablar con alguien con acento norteamericano, señor de la CIA —intervino la mujer dirigiéndome una sonrisa deslumbradora—. ¿Cuál es su equipo de béisbol favorito?

—Soy hincha de los Red Sox de Boston.

—A mí me encantan los Green Sox de Seattle —nos reveló ella. Solo por coquetear.

El camarero nos trajo una botella de un aguardiente croata de fruta. Los pueblos de los Balcanes se toman muy en serio la bebida, así que sus botellas acostumbran a tener diseños un tanto recargados. Esta era espectacular: achaparrada, grabada al ácido, curvilínea, de cuello estilizado y con un retrato de Tito, Nasser y Nehru brindando juntos. En la paralizante oscuridad de su interior flotaban gruesas escamas de oro.

Massimo arrancó el corcho dorado, le arrebató los cigarrillos a la mujer y se encajó un pitillo sin filtro en la comisura de la boca. Con el vaso de chupito en la mano, haciendo girar la bebida, parecía un hombre distinto.

—*¡Zhivali!* —exclamó ella, y todos le dimos un buen trago al bebedizo.

La *matahari* escogió por nombre «Svetlana», mientras que su guardaespaldas suizo dijo llamarse «Simon».

Como es natural, yo había creído que la ocurrencia de Massimo de presentarme como espía de la CIA era descabellada; sin embargo, la táctica estaba resultando de lo más conveniente dada la situación. Al ser un espía norteamericano no hacía falta que dijera gran cosa: nadie esperaba que supiera nada útil ni que hiciese nada de provecho.

No obstante, como tenía hambre pedí el plato de entremeses. El atento camarero no era mi favorito del Elena, pero podría haber sido un primo suyo. Nos trajo cebolletas crudas, pepinillos, pan negro, una gruesa morcilla y un cuenco de madera con mantequilla en punto pomada. También nos dejó un cuchillo de hierro fundido con muescas y una maltrecha tabla de cortar.

Simon apartó el tablero de *backgammon*.

Todas estas cosas toscas y feas que había sobre la mesa (el cuchillo, la tabla de cortar e incluso la morcilla de mala calidad) eran de fabricación italiana. En todas, grabada a mano, figuraba la pequeña marca del correspondiente fabricante italiano.

—Así que está en Torino de caza, como nosotros... — trató de sonsacarme Svetlana.

—¡Sí, claro! —respondí devolviéndole la sonrisa.

—¿Y qué planean hacer con él cuando lo atrapen? ¿Lo procesarán?

—Lo someteremos a un juicio justo, como es costumbre en Estados Unidos —respondí.

A Simon esta observación le pareció bastante graciosa. No es que fuera malo por naturaleza. Casi seguro que cada vez que le rebanaba la garganta a un hombre el arrepentimiento existencial le hacía pasar la noche en vela.

—Así que... —empezó a decir Simon acariciando el borde de su vaso de chupito sucio con un dedo enguantado—. ¡Así que incluso los norteamericanos esperan que la Rata asome los bigotes por aquí!

—El Elena atrae a mucha a gente, así que tiene bastante lógica —dije dándole la razón—, ¿no cree?

A todo el mundo le encanta que le digan que sus ideas tienen lógica, así que mi afirmación los puso contentos. Tal vez no tuviera demasiada pinta de agente estadounidense ni tampoco hablara como uno de ellos, pero, cuando eres un espía y estás trasegando aguardiente de fruta y comiendo morcilla, estas inconsistencias de poca monta no le preocupan a nadie.

Todos nos estábamos comportando con gran sensatez.

—La Rata es inteligente —intervino Massimo apoyando los negros codos sobre la mesita—. Planea

escabullirse de nuevo por los Alpes. Regresará a Niza y Marsella y reunirá a sus milicias.

El trozo de morcilla clavado en el cuchillo se detuvo camino del gaznate de Simon.

—¿De veras lo crees? —preguntó el hombre.

—¡Por supuesto! ¿Qué dijo Napoleón? «¡La muerte de un millón de hombres no significa nada para un hombre como yo!»». Es imposible arrinconar a Nicolás, *la Rata*. La Rata tiene una estrella del destino.

La mujer escrutó los ojos de Massimo, que era uno de sus informantes. Siendo como era una mujer, había oído sus mentiras antes y estaba acostumbrada a ellas, pero también sabía que ningún informante miente siempre.

—Así que esta noche está en Torino —dedujo.

Massimo no le brindó nada más.

Ella desvió su mirada hacia mí de inmediato. Yo me acaricié la barbilla con aire inteligente.

—A ver, espía estadounidense —me dijo con toda educación—, ustedes, los norteamericanos son gente sencilla y honrada, a los que se les da estupendamente lo de pinchar teléfonos... El que Nicolas Sarkozy apareciese flotando boca abajo en el río Po no heriría sus sentimientos en lo más mínimo. En lugar de tomarme el pelo, como le encanta hacer a Massimo, ¿por qué no me dice sin más dónde está Sarkozy? Me muero de ganas de saberlo.



Sabía perfectamente dónde se suponía que estaba el presidente Nicolas Sarkozy: en el palacio del Elíseo llevando a cabo profundas reformas económicas.

Simon fue más apremiante:

—No quiere que nos enteremos de dónde está la Rata, ¿verdad? —Me mostró una dentadura con un reborde de oro suizo—. ¡Díganoslo! Eso le ahorraría un buen problema al Tribunal Internacional de La Haya.

Yo no conocía a Nicolas Sarkozy. Habíamos coincidido en dos ocasiones, cuando él era ministro de Comunicaciones y había demostrado lo mucho que sabía de internet. Ahora bien, si Nicolas Sarkozy no era el presidente de Francia y no estaba en el palacio del Elíseo, y dado que soy periodista, yo estaba en condiciones de adivinar con bastantes garantías cuál sería su paradero.

—*Cherchez la femme* —dije.

Simon y Svetlana intercambiaron una mirada pensativa. Conociéndose como se conocían y conociendo su situación, no necesitaron deliberar sobre su siguiente movimiento. Simon llamó con un gesto al camarero. Svetlana lanzó una reluciente moneda sobre la mesa. Recogieron su *backgammon*, empujaron las sillas de piel hacia atrás y abandonaron el café sin proferir palabra.

Massimo se levantó. Se sentó en la silla que Svetlana había dejado libre para así no perder de vista la puerta doble del café que daba a la calle. A continuación cogió un

pitillo del paquete de cigarrillos turcos que la mujer había abandonado.

Examiné la moneda dejada por Svetlana. Era grande, redonda y acuñada en plata pura, con un llamativo grabado del Taj Mahal. «Cincuenta dinares», decía, en caracteres latinos, hindúes, arábigos y cirílicos.

—La bebida de aquí se me sube a la cabeza de lo lindo —se quejó Massimo.

Con una mano insegura y vacilante volvió a tapar la botella de aguardiente con el ornamentado tapón de corcho y puso un trozo de pepinillo sobre una rebanada de pan negro untada con mantequilla.

—¿Va a venir aquí?

—¿Quién?

—Nicolas Sarkozy. Nicolas, *la Rata*.

—Ah, él —dijo Massimo dándole un mordisco al pan—. En esta versión de Italia creo que Sarkozy ya está muerto. Bien sabe Dios que hay bastante gente tratando de matarlo: los árabes, los chinos, los africanos... ¡Sarkozy ha puesto patas arriba el sur de Francia! Con la recompensa que han ofrecido por él alcanza para comprar Olivetti... aunque tampoco es que de Olivetti quede gran cosa.

A pesar de llevar puesta mi chaqueta de verano estaba congelado.

—¿Por qué coño hace tanto frío aquí dentro?

—Es por el cambio climático —me explicó Massimo—. No en esta Italia, sino en la tuya. En tu Italia habéis jodido bien el clima. En esta Italia, la raza humana, eso es lo que han jodido bien. Aquí, justo después de que Chernóbil se viniera abajo, estalló un gran reactor francés en la frontera con Alemania... ¡y todos arremetieron contra todos! Aquí la OTAN y la Unión Europea están más muertas que el Pacto de Varsovia.

Massimo estaba orgulloso de lo que me estaba contando.

—Te llevaría bastante averiguarlo, ¿verdad? — pregunté tamborileando los dedos sobre el frío tablero de la mesa.

—La gran transición siempre pivota sobre la década de 1980, porque fue entonces cuando se produjeron los grandes avances.

—Te refieres a tu Italia...

—Eso es. Con anterioridad a esa década, nadie comprendía la física de los mundos paralelos... pero, después de esa transición, ya fuimos capaces de meter un generador de energía punto cero en un portátil. Todo el problema se reduce a un único sistema microelectromecánico.

—Así que tenéis chips microelectromecánicos, tenéis chips MEMS de energía punto cero.

Massimo le pegó otro bocado al pan con pepinillo y luego asintió con la cabeza.

—¿Tenéis chips MEMS y me estabas ofreciendo un puto memristor de mierda? ¡Está claro que piensas que soy un auténtico pardillo!

—No eres un pardillo. —Massimo se cortó una nueva rebanada de ese pan negro de mala calidad—. Pero eres de la Italia equivocada. Ha sido tu propio mundo, con toda su estupidez, lo que te ha convertido en un estúpido, Luca. En mi Italia, tú eras uno de los pocos hombres que podía hacer entrar en razón a mi padre. Mi padre solía hacerte confidencias. Se fiaba de ti, te consideraba un gran escritor. Tú escribiste su biografía.

—*Massimo Montaldo, padre.*

—Justo —reconoció Massimo con un sobresalto. Luego entrecerró los ojos—. No tendrías que haberlo sabido.

Lo había adivinado. Muchas noticias se consiguen gracias a conjeturas acertadas.

—Dime, y tú ¿cómo te sientes? —inquirí, porque esta pregunta siempre resulta de utilidad cuando un entrevistador está totalmente perdido.

—Me siento desesperado —respondió, sonriendo—. ¡Desesperado! Pero me siento muchísimo menos desesperado aquí que cuando era el niño malcriado y drogadicto hijo del científico más famoso del mundo.

Antes de que me conocieras (de que conocieras a Massimo Montaldo), ¿habías oído hablar alguna vez de algún «Massimo Montaldo»?

—No. Jamás.

—Exacto. Yo nunca estoy en ninguna de las otras Italias. Nunca hay ningún otro Massimo Montaldo. Nunca me he encontrado con otra versión de mí mismo; ni tampoco me he encontrado con otra versión de mi padre. Esto tiene que significar algo crucial. Sé que significa algo importante.

—Sí, seguro que significa algo.

—Y creo que sé lo que es. Significa que detrás del espacio y el tiempo no hay únicamente física y cálculos. Significa que los seres humanos influyen en el curso de la historia del mundo. Significa que los seres humanos sí que pueden cambiar sustancialmente el mundo. Significa que nuestras acciones tienen trascendencia.

—El punto de vista humano siempre aporta interés a cualquier noticia.

—Es cierto, pero prueba a contar esa noticia —dijo, con aspecto de estar al borde de las lágrimas—. Cuéntasela a cualquier persona. Venga, ¡adelante! ¡Cuéntasela a cualquiera de los aquí presentes! A quien tú quieras.

Eché un vistazo a mi alrededor. En el Elena había varias personas: clientes del barrio, gente normal, gente decente, una docena de ellos tal vez. No eran individuos

que llamaran la atención; no tenían nada de extraño, estrafalario o raro, sino que eran de lo más normal. Y al ser gente normal, estaban bastante satisfechos con la suerte que les había tocado y aceptaban sin problemas su día a día.

En el pasado, en el Elena solían tener la prensa diaria. Los clientes tenían a su disposición periódicos ensartados en esas largas barras de madera.

En mi mundo, en el Elena ya no tenían la prensa. Pocos periódicos y demasiada internet.

Este Elena todavía tenía periódicos con esas prácticas barras de madera. Me levanté de la silla y los examiné con atención: impecables periódicos extranjeros, en hindú, árabe y serbocroata. Tuve que rebuscar bastante para dar con algún periódico autóctono en italiano. Había dos, los dos impresos en un asqueroso papel grisáceo lleno de las motas características de la pulpa de madera mala calidad.

Me llevé a la mesa el más grande de los dos ejemplares italianos. Hojeé los titulares y leí todos los encabezamientos de las noticias. Al momento supe que estaba leyendo mentiras.

Lo peor no era que las noticias fueran tan terribles y engañosas, sino que resultaba evidente que nadie esperaba que los lectores del periódico fueran a sacar ninguna utilidad práctica de ellas. El italiano era un humilde pueblo colonizado. Las noticias que recibían los italianos eran

pobres fantasías. Todos los acontecimientos importantes estaban sucediendo en otros lugares.

En el mundo existía una organización muy potente y dinámica llamada «Movimiento de Países No Alineados», que se extendía desde las repúblicas bálticas, hasta la India, pasando por los Balcanes y el mundo árabe. Japón y China eran países que la gigantesca superpotencia de los no alineados trataba con un cauteloso respeto. Norteamérica era una especie de humilde granja en la que los yanquis se pasaban la vida en la iglesia.

El resto de países, los que solían contar (Francia, Alemania, Gran Bretaña, «Bruselas»), eran lugares pobres, miserables y oscuros. Los nombres de sus ciudadanos y poblaciones presentaban abundantes faltas de ortografía.

La tinta negra barata estaba tiñéndome los dedos. Ya no me quedaban preguntas para Massimo, salvo una:

—¿Cuándo nos largamos de aquí?

Massimo untó con mantequilla su rebanada de pan medio rota.

—Yo nunca traté de encontrar el mejor mundo posible —me explicó—. Yo estaba buscando la mejor encarnación posible de mí mismo. En una Italia como esta Italia, yo sí que importo. Tu versión de Italia está bastante atrasada, pero este mundo en el que estamos ha pasado por un conflicto nuclear. Europa tuvo una guerra civil y la mayoría de las ciudades de la Unión Soviética no son más que grandes charcos de vidrio negro.

Saqué mi Moleskine del bolsillo de la chaqueta, quedaba de lo más elegante y exquisito al lado del periódico de pulpa gris.

—Espero que no te importe que tome notas de todo esto...

—Ya sé que a ti esto te suena mal; pero, confía en mí, no es así como funciona la historia. No hay historias buenas ni historias malas. Este mundo tiene futuro. La comida es barata, el clima está estable, las mujeres son una auténtica belleza... y habida cuenta de que en la Tierra solo han quedado vivos tres mil millones de habitantes, estamos la mar de anchos.

Massimo apuntó con el tosco cuchillo la doble puerta acristalada del café.

—Aquí nadie te pide jamás el carné, a nadie le importan los pasaportes... ¡Nunca han oído hablar de la banca electrónica! Aquí, un tipo espabilado como tú podría salir ahí fuera y montar un centenar de empresas tecnológicas.

—Siempre que no me degüellen antes.

—Lo que pasa es que la gente siempre exagera ese problemilla. El problema capital es... pues el de siempre, que a ver quién quiere matarse a trabajar. Yo he llegado a conocer a fondo este lugar porque sabía que aquí podía convertirme en todo un héroe. Un héroe mayor que mi padre. Sería más inteligente que él, más rico que él, más famoso, más poderoso... ¡Sería mejor! Pero eso es toda



una carga—. «Trabajar para mejorar el mundo» no me proporciona ni un ápice de felicidad. Una maldición, eso es lo que es, como la esclavitud.

—¿Qué es lo que sí te hace feliz, Massimo?

A todas luces Massimo había reflexionado bastante sobre este asunto:

—Despertarme en un hotel de lujo con una bella desconocida en mi cama. ¡Esa es la verdad! Y esa sería la verdad para todos los hombres de todos los mundos si fuesen sinceros.

Massimo dio unos golpecitos con el lomo del cuchillo fileteador en el cuello de la ostentosa botella de aguardiente.

—Svetlana, mi amiga, ella comprende todo esto bastante bien, pero... hay algo más. Aquí bebo. Me gusta beber, lo reconozco, pero es que aquí beben como es debido. Esta versión de Italia pertenece a la esfera de influencia de la todopoderosa Yugoslavia.

Dadas las circunstancias, hasta ese momento me había portado bastante bien. Pero, de pronto, la pesadilla se alzó frente a mí, sin tapujos, global y absoluta. Escalofríos de terror corrieron por mi espalda como gélidos escorpiones. Sentí un fuerte impulso animal carente de toda racionalidad que me empujaba a abandonar mi cómoda silla y a correr como alma que lleva el diablo.

Podía salir corriendo del bello café y adentrarme en las calles crepusculares de Turín. Conocía la ciudad y sabía que Massimo nunca conseguiría dar conmigo. Lo más probable era que ni se molestara en buscarme.

También sabía que estaría corriendo de cabeza hacia ese mundo cuya terrible descripción había leído en ese periódico cochambroso. Ese mundo aterrador sería donde yo existiría a partir de ahora. Ese mundo no me resultaría extraño, ni a mí ni a nadie. Porque ese mundo era la realidad. No era un mundo extraño, era un mundo normal. Yo, el extraño aquí era yo. Aquí yo era de lo más extraño, y eso era algo normal.

Esta conclusión me hizo alargar la mano hacia mi chupito. Bebí. No era lo que yo llamaría un «buen» aguardiente. Tenía un fuerte carácter. Era potente e implacable. Era un aguardiente que estaba más allá del bien y del mal.

Los pies me dolían y picaban en el interior de mi calzado zarrapastroso. Me estaban saliendo ampollas que me escocían. Aunque a lo mejor tenía que considerarme afortunado porque mis extraños y doloridos pies continuaban unidos a mi cuerpo. Porque mis pies no habían sido amputados y ahora yacían abandonados en algún limbo oscuro entre mundos.

—¿Podemos marcharnos ya? —pregunté dejando el vaso en la mesa—. ¿Es posible?

—Claro —dijo Massimo, hundiéndose más profundamente en su cómoda silla de piel burdeos—. Pero primero vamos a despejarnos con un café, ¿te parece? En este Elena solo sirven café preparado al estilo turco. Hervido en grandes cazos de latón.

—No, ella ya ha pagado nuestra cuenta —dije mostrándole la moneda de plata—. Así que vámonos ya.

Massimo examinó la moneda por una cara, le dio la vuelta y a continuación se la guardó en el bolsillo del pantalón.

—De acuerdo. Te describiré nuestras opciones. Llamemos a este lugar la «Italia yugoslava», que, como ya te he dicho, tiene mucho potencial. Pero existen otras versiones. —Empezó a contar con los dedos—: Existe una Italia en la que el movimiento «No a las armas nucleares» arrasó en los años ochenta. ¿Te acuerdas? Gorbachov y Reagan lograron la paz mundial. Todo el mundo se desarmó y fue feliz. No hubo más guerras, la economía floreció por doquier... Paz, justicia y prosperidad en toda la Tierra. Con lo que el clima saltó por los aires. Los últimos supervivientes italianos viven en lo alto de los Alpes.

—No —dije mirándolo de hito en hito.

—Vaya que sí. Son de lo más agradable. Se aprecian y apoyan entre ellos de corazón. Ya casi no queda vivo ninguno. Son muy amables y civilizados. Un encanto. Te sorprendería comprobar lo majos que son esos italianos.

—¿No podemos limitarnos a regresar directamente a mi propia versión de Italia?

—No, directamente no. Aunque existe una versión de Italia bastante cercana a la tuya. Tras la muerte de Juan Pablo I, enseguida eligieron otro papa. No era ese anticomunista polaco... sino que este papa era un pedófilo. Estalló un escándalo descomunal y la Iglesia se vino abajo. En esa versión de Italia hasta los musulmanes son laicos. Las iglesias son burdeles y discotecas. Las palabras «fe» y «moralidad» no se utilizan nunca. —Massimo suspiró y luego se frotó la nariz—: Uno podría pensar que la muerte de la religión habría supuesto un cambio importante para la gente. Pues bueno, no ha sido así. Porque les parece que esto es lo normal. No añoran creer en Dios más de lo que tú añoras creer en Marx.

—Entonces primero podemos ir a esa Italia y a continuación pasar a otra cercana como es la mía. ¿Esa es la idea?

—¡Esa Italia es un rollo! ¡Las chicas son un rollo! Para ellas el sexo es algo tan natural que todas parecen holandesas. —Massimo sacudió la cabeza apesadumbrado—. Pero ahora te voy a hablar de una versión de Italia que es radicalmente distinta e interesante.

Yo tenía la mirada clavada en una rodaja de morcilla. El brillante trozo de cartílago de su interior parecía el pie cercenado de algún animalillo.

—Vale, cuéntame.

—Cuando viajo de un mundo a otro, siempre me materializo en la piazza Vittorio Veneto, porque es una plaza gigantesca de habitual bastante vacía, y no quiero lastimar a nadie con la explosión. Aparte del hecho de que conozco Torino, conozco todas las empresas tecnológicas de la ciudad, así que puedo moverme sin problemas. Pero en una ocasión vi un Torino sin electrónica.

—Dime, Massimo, ¿cómo te sentiste? —pregunté mientras me secaba el pegajoso sudor de las manos con una de las ásperas servilletas de tela del café.

—Es increíble. No tienen electricidad. No hay cables para los trolebuses. Hay un montón de gente, muy bien vestida, y brillantes luces de colores, y aparatos que vuelan por el cielo... grandes aviones, grandes como transatlánticos. Así que algún tipo de energía tienen, pero no se trata de electricidad. De algún modo han conseguido dejar de utilizar la electricidad. Desde la década de 1980.

—Un Turín sin electricidad —repetí yo para demostrarle que estaba escuchando.

—Sí, ¿a que es fascinante? ¿Cómo pudo Italia abandonar la electricidad y sustituirla por otra fuente de energía? ¡Creo que utilizan la fusión fría! Porque la fusión fría fue otro descubrimiento de la década de los ochenta capaz de cambiar el mundo. Yo no puedo explorar ese Torino porque ¿dónde enchufaría el portátil? Pero tú sí que podrías averiguar cómo consiguen todo eso. Porque tú eres periodista, ¿verdad? ¡Así que tú con un lápiz tienes bastante!

—No soy un gran experto en física.

—¡Dios!, se me olvida continuamente que estoy hablando con alguien del mundo del inútil de George Bush. Escúchame, zopenco: la física no es complicada. La física es extremadamente sencilla y elegante, porque está bien estructurada. Eso es algo que sé desde los tres años.

—Yo no soy más que un escritor, no soy un científico.

—Bueno, seguro que has oído hablar de la «consiliencia».

—No. Nunca.

—¡Claro que sí! Hasta en tu estúpido mundo la gente sabe qué es la «consiliencia». El concepto de consiliencia se refiere al hecho de que por debajo de todas las ramas del conocimiento humano subyace una cierta unidad.

El brillo de sus ojos estaba empezando a cansarme.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—La tiene toda. ¡Ahí radica la diferencia entre tu mundo y el mío! En tu mundo existió un gran físico... el doctor Italo Calvino.

—Un famoso escritor literario —lo corrijo—. Murió en los años ochenta.

—Calvino no murió en mi Italia, porque, en mi Italia, Italo Calvino llegó a completar sus *Seis principios básicos*.

—Calvino escribió *Seis propuestas*. Escribió *Seis propuestas para el próximo milenio*. Y cuando solo había terminado cinco de las seis sufrió un ictus y falleció.

—En mi mundo lo que Calvino tuvo no fue un ictus, sino un golpe de genialidad. Cuando completo su obra, esas seis conferencias no eran simples «propuestas». Lo que pronunció en Princeton fueron seis discursos de importancia clave. Cuando impartió su última disertación, sobre la «Consistencia», las salas estaban abarrotadas de físicos. Y también de matemáticos. Mi padre estuvo presente.

Yo me refugié en mi cuaderno.

—*Seis principios básicos* —anoté a toda velocidad—. Calvino, Princeton, consiliencia.

—Tanto el padre como la madre de Calvino eran científicos —insistió Massimo—. Y asimismo lo era su hermano. Los miembros del grupo literario Oulipo, al que Calvino perteneció, estaban obsesionados con las matemáticas. Cuando Calvino impartió unas conferencias dignas de un genio, a nadie le sorprendió.

—Yo ya sabía que Calvino era un genio.

Por aquel entonces yo era muy joven, pero en Italia es imposible ser escritor y no conocer a Calvino. Lo había visto deambular pesadamente por los pórticos de Turín, con los hombros encorvados, arrastrando los pies, siempre con aire furtivo y preocupado. Bastaba verlo para saber

que sus prioridades eran totalmente distintas a las del resto de escritores del mundo.

—Cuando Calvino terminó sus seis conferencias — continuó Massimo—, se lo llevaron a Ginebra, al CERN, y lo pusieron a trabajar en la Red Semántica, que, por cierto, funciona a las mil maravillas. Nada que ver con ese internet de mierda que tenéis vosotros, a tope de spam y actividades delictivas. —Limpió el cuchillo de la morcilla en una servilleta manchada de aceite—. Bueno, debería matizar mi comentario. La Red Semántica funciona a las mil maravillas... ¡en italiano! Porque fue desarrollada por italianos. Con una ayudita de unos cuantos escritores franceses de Oulipo.

—¿Podemos marcharnos ya de aquí?, ¿y visitar esta Italia de la que tanto alardeas?, ¿y luego dejarnos caer por la mía?

—La situación es un tanto complicada —respondió evasivo antes de ponerse de pie—. ¿Me haces el favor de vigilarme la bolsa?

Entonces se fue al servicio, y me dejó imaginando todas las maneras en que nuestra situación podía ser complicada.

Y ahí estaba yo, sentado solo, mirando fijamente la botella de aguardiente con su tapón de corcho, mi cerebro en plena ebullición. Lo extraño de la situación había conseguido estropear algún regulador clave en el interior de mi cabeza.



Yo me consideraba brillante, porque sabía escribir en tres idiomas y entendía de tecnología. Era capaz de conversar con ingenieros, diseñadores, programadores, inversores de capital riesgo y funcionarios del gobierno sobre asuntos serios, asuntos para mayores que todos estábamos de acuerdo eran importantes. De modo que, sí, por supuesto que era brillante.

Pero me había pasado la vida siendo muchísimo más estúpido de lo que yo mismo lo era justo ahora.

En medio de este terrible brete, aquí, en este sofocante Elena saturado de humo de cigarrillos, con parroquianos un tanto andrajosos enfrascados en cochambrosos periódicos, descubrí que realmente poseía las aptitudes necesarias para llegar a ser un genio. Era italiano y, por ende, contaba con la capacidad necesaria para sacudir al mundo hasta sus cimientos. Nunca había abrazado mi genialidad porque nunca se me había exigido ser un genio. Me había comportado como un estúpido porque vivía en un mundo embrutecido.

Ahora ya no vivía en mundo alguno. Carecía de mundo. De modo que mis pensamientos surcaban el espacio vacío.

Las ideas cambiaban el mundo. Los pensamientos cambiaban el mundo, y los pensamientos se podían escribir. Había olvidado que la escritura pudiese tener esa urgencia, que pudiera tener un peso en la historia, que la literatura pudiese ser relevante. Por extraño y trágico que

pueda parecer, había olvidado que tales cosas eran siquiera posibles.

Calvino había muerto de un ictus: eso lo sabía. Una arteria se había roto en el interior de su cráneo mientras se esforzaba resueltamente por redactar su manifiesto para transformar el siguiente milenio. Por supuesto que había sido una gran pérdida, pero ¿cómo podía nadie adivinar el alcance de la misma? Un golpe de genialidad es un cisne negro, algo que no puede predecirse, con lo que no se puede contar. Si el cisne negro nunca llega, ¿cómo demonios se lo va a poder echar en falta?

El abismo entre la versión de Italia de Massimo y mi Italia era invisible, y al mismo tiempo lo engullía todo. Era exactamente igual que la marcada diferencia que había entre el hombre que yo era ahora y el que había sido tan solo una hora atrás.

Un cisne negro nunca puede ser predicho, esperado ni categorizado. Un cisne negro, cuando llega, ni siquiera puede ser reconocido como un cisne negro. Cuando el cisne negro nos agrade, con el batir de alas de un Júpiter violador, entonces nos vemos obligados a rescribir la historia.

Tal vez un periodista publique una noticia, que será el primer borrador de la historia.

Sin embargo, las noticias nunca pregonan que en la historia existen cisnes negros. Las noticias nunca nos cuentan que nuestro universo es contingente, que nuestro

destino depende de cambios demasiado gigantescos para ser comprendidos o demasiado pequeños para ser percibidos. No podemos aceptar la despreocupación arbitraria de un cisne negro. Así que nuestras noticias nunca hablan de cómo algunas noticias pueden carecer de lógica para los seres humanos. Nuestras noticias siempre hablan de lo bien que comprendemos todo.

Siempre que nuestra cordura se hace añicos al enfrentarse a lo imposible, recomponemos el mundo de inmediato para así poder recuperarla. Fingimos no haber perdido nada, ni siquiera una ilusión. Sobre todo, nunca perdemos la cabeza, por supuesto. Por extrañas que puedan ser las noticias, siempre mantenemos la cordura y la prudencia. Eso es lo que nos decimos unos a otros.

Massimo regresó a la mesa. Estaba muy borracho y no traía buena cara.

—¿Alguna vez has utilizado un retrete estilo turco, de los de ponerse en cuclillas? —me preguntó tapándose la nariz—. Hazme caso, no entres ahí.

—Creo que ahora deberíamos volver a tu Italia.

—Eso sería factible —reconoció despreocupadamente—. Aunque ahí ando metido en algunos problemas... mi verdadero problema eres tú.

—¿Por qué soy un problema?

—En mi Italia existe otro Luca. No es como tú: es un escritor importante, un hombre muy digno y adinerado. No le ibas a hacer ninguna gracia.

Reflexioné sobre lo que me acababa de decir. Me estaba espoleando para que me muriera de celos de mí mismo. Por ahí no pensaba pasar, pero a pesar de ello sí que había conseguido enfadarme:

—¿Te parezco gracioso, Massimo?

Massimo había dejado de beber, pero ese aguardiente asesino todavía continuaba filtrándose por sus intestinos.

—Sí, sí que eres gracioso, Luca. Eres raro. Eres patético. Sobre todo en esta versión de Italia. Y sobre todo ahora que al fin te estás enterando de algo. Tendrías que verte la cara: pareces un pez fuera del agua. —Eructó tapándose la boca con la mano—. Ahora crees que por fin lo entiendes; pero no, no lo entiendes. Todavía no. Escúchame: para poder venir aquí, yo tuve que crear este mundo. Cuando pulso F3 y el campo me transporta aquí... si yo no estoy presente como observador, este universo ni siquiera existe.

Eché un vistazo a mi alrededor, a esto que Massimo llamaba un universo. Era una café italiano. La mesa de mármol que tenía delante era sólida como una roca. A mi alrededor, todo era de lo más sólido, normal, realista, aceptable y predecible.

—Claro —le dije—. Y mi universo también lo creaste tú. Porque no eres simplemente un cisne negro. Eres Dios.

—«Cisne negro», ¿así es como me vas a llamar? —  
Sonrió con aire de suficiencia y se acicaló mirándose al  
espejo—. Vosotros, los periodistas, necesitáis ponerle una  
etiqueta a todo.

—Siempre vas de negro. ¿Es para que así nuestra  
mugre no se vea?

—Aún hay más y peor —continuó mientras se  
abrochaba la chaqueta negra de lana—. Cuando pulso F2  
antes de que el campo se estabilice... genero millones de  
historias en potencia. Miles de millones de historias. Todas  
ellas con sus almas, éticas, pensamientos, acontecimientos,  
destinos... con todo. Mundos cuya existencia consiste en  
un parpadeo que dura esos pocos nanosegundos durante los  
que el chip está ejecutando el programa, y que luego se  
desvanecen. Como si nunca hubiesen existido.

—¿Así es como te mueves de mundo a mundo?

—Justo, amigo mío. Este patito feo puede volar.

El camarero del Elena llegó para recoger nuestra mesa.

—¿Un arroz con leche? —preguntó.

—No, gracias, caballero —respondió cordialmente  
Massimo.

—¡Esta semana nos ha llegado un chocolate  
estupendo! Traído nada menos que desde Sudamérica.

—Vaya, el chocolate de Sudamérica es con diferencia  
el mejor. —Massimo hundió la mano en un bolsillo del

pantalón—. Creo que necesito un poco. ¿Qué me da por esto?

—Es un anillo femenino de compromiso —señaló el camarero examinándolo con atención.

—Así es.

—Pero el diamante no puede ser de verdad. Es demasiado grande para serlo.

—Menudo idiota está usted hecho —le espetó Massimo—, pero me da igual. Los dulces me pierden. ¿Por qué no me trae una tarta de chocolate entera?

El camarero se encogió de hombros y se alejó.

—Así que yo no diría que soy «un dios» —retomó su explicación Massimo—, porque «varios billones de dioses» es una descripción que me encaja mucho mejor. Salvo porque resulta que el campo transportador punto cero siempre termina por estabilizarse. Y entonces ahí me tienes a mí. Plantado en la puerta de algún café, en medio de una nube de polvo, con los pies doloridos. Sin nada que sea mío, aparte de lo que pueda tener en la cabeza y los bolsillos. Así es como es siempre.

La puerta del Elena se abrió de golpe, acompañada por el disonante sonido metálico de las campanillas indias de latón. Un grupo de cinco hombres entró pisando con fuerza. Podría haberlos tomado por polis, porque llevaban chaqueta, cinturón, gorra, porra y pistola, pero los polis

turineses no acuden al trabajo borrachos. Ni tampoco llevan brazaletes escarlatas con unos rayos cruzados.

El silencio se adueñó del café cuando los nuevos clientes se abrieron paso hasta la mellada barra. Con gritos y amenazas empezaron a hostigar a los empleados.

Massimo se subió el cuello de la chaqueta y examinó impertérrito sus manos cruzadas. Estaba evitando aplicadamente meterse donde no lo llamaban. Estaba en su rincón, en silencio, vestido de negro, inescrutable. Podría haber estado rezando.

No me giré para mirar a los intrusos. No era una escena agradable, pero incluso un forastero entendía sin grandes problemas lo que estaba pasando.

La puerta del servicio de caballeros se abrió y apareció un hombre bajo con gabardina. Tenía un puro apagado entre los dientes, y llevaba un estiloso sombrero fedora, como los de Alain Delon.

Era asombrosamente bien parecido. La gente siempre subestimaba el atractivo, el encanto masculino de Nicolas Sarkozy. Es cierto que a veces, cuando salía en los periódicos sensacionalistas tomando el sol medio desnudo, tenía una pinta un tanto estrafalaria; sin embargo, en persona, su carisma era irresistible. Era un hombre al que ningún mundo podía pasar por alto.

Sarkozy echó un vistazo por el local durante unos segundos. Luego avanzó con sigilo y resolución siguiendo

la pared caoba oscuro. Dobló un codo. Se oyó un trueno. Massimo cayó de bruces sobre la mesita de mármol.

Sarkozy observó con cierto disgusto el humeante agujero que había aparecido en el bolsillo de su elegante gabardina. Luego clavó su mirada en mí.

—Tú eres aquel periodista —dijo.

—Tiene buena memoria para las caras, señor Sarkozy.

—Así es, gilipollas. —Su italiano era malo, pero mejor que mi francés—. ¿Todavía estás por la labor de «proteger» a esta fuente muerta que tienes aquí? —Sarkozy propinó una rápida y vengativa patada a la pesada silla de Massimo, y el muerto, con la cabeza destrozada y chorreante, junto con la silla y la mesa cayeron al duro suelo del café en medio de un abigarrado estruendo.

—Ahí tienes tu gran primicia, amigo —me dijo Sarkozy—. Y te la acabo de dar a ti. Deberías publicarla en tu panfleto rojo.

A continuación bramó unas cuantas órdenes a los matones uniformados, que se agruparon servicialmente a su alrededor con el rostro pálido de respeto.

—Ya puedes salir, nena —dijo Sarkozy con voz ronca, y ella apareció por la puerta del aseo de hombres. Llevaba un sombrerito femenino de gánster de lo más mono, y una chaqueta de camuflaje entallada. Arrastraba un gran estuche de guitarra negro. También portaba un radioteléfono primitivo que abultaba más que un ladrillo.



Nunca sabré cómo había conseguido engatusarla para que se escondiera durante media hora en el apestoso retrete del café. Pero era ella. Sin duda alguna era ella, y ni en una recepción de la reina de Inglaterra se hubiese podido mostrar más serena y modosa.

Se marcharon todos juntos formando un solo bloque armado hasta los dientes.

El trueno que había estallado en el Elena había dejado el local hecho un asco. Rescaté la bolsa de cuero de Massimo del creciente charco de sangre.

Los demás parroquianos estaban desconcertados. Estaban terriblemente desconcertados, incluso estupefactos. Parecían carecer de opciones constructivas de actuación.

De modo que, uno a uno, se levantaron y abandonaron el bar. Se marcharon del selecto y veterano establecimiento, en silencio y sin premura, y sin que sus miradas se cruzaran. Acompañados por el tintineo de la puerta salieron a la mayor plaza de Europa.

Y luego se desvanecieron, cada uno apresurándose a regresar a su propio mundo privado.

Me adentré en la *piazza*, caminando bajo un agradable cielo primaveral. La noche de primavera era fría, pero el infinito firmamento azul oscuro se veía luminoso y claro.

La pantalla del portátil parpadeó con fuerza cuando apreté F1. Luego pulsé F2, y por último F3.

Copyright © 2009 Bruce Sterling

Traducido del inglés por Marcheto

<http://cuentosparaalgernon.wordpress.com/>